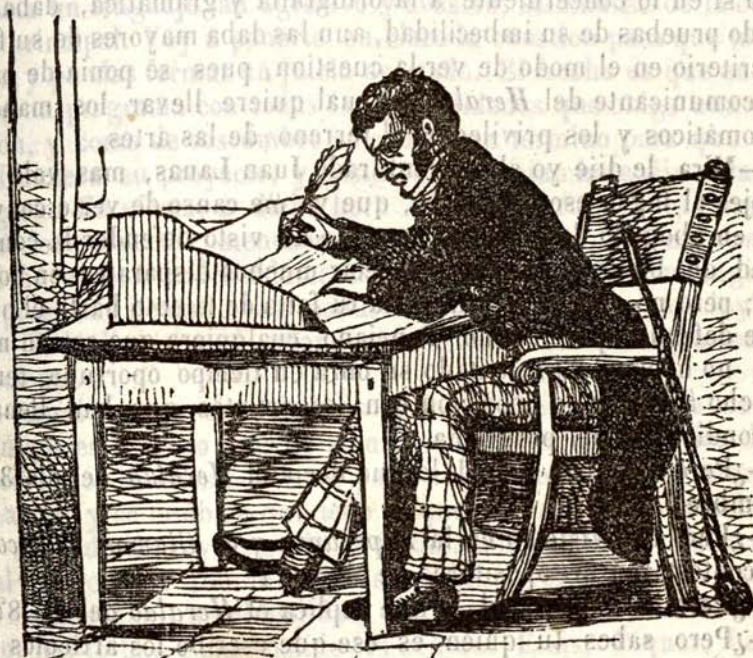


# DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



## EL FRONTON DEL CONGRESO.

Ya que *D. Circunstancias* ha dado á conocer todo lo que hay de anómalo y estravagante en su criado Juan Lanás, nadie se extrañará de que este pobre petate, entrometido y osado como todos los que pertenecen á su indefinible especie, se meta con frecuencia en la renta del escusado para salir generalmente por los cerros de Ubeda. Ayer, sin ir mas lejos, me enseñó un artículo que habia redactado con el objeto de dirimir la contienda pública, habida entre el *Heraldo* y los artistas españoles *D. Sabino Medina*, *D. José Piquer*, *D. Francisco Perez* y *D. Francisco Elias Burgos*, opositores al fronton del Palacio del Congreso.

El artículo del pobre Juan, era un mónstruo sin pies ni cabeza; lo mejor que tenia era la ortografía, y ya he dicho como las gasta mi ayudante en esta importantísima parte de la escritura castellana. Para dar una idea de los disparates que debia contener el enjendro raquítico de la mollera de mi sirviente, me bastará decir que al señor Ponciano, opositor residente en Roma y protegido acá por D. José Madrazo, le llamaba *Poncio*, ocurrencia tan rara y estrambótica como si hubiera llamado *Pilato* á D. José. Pero si en lo concerniente á la ortografía y gramática, daba mi criado pruebas de su imbecilidad, aun las daba mayores de su falta de criterio en el modo de ver la cuestion, pues se ponía de parte del comunicante del *Heraldo*, el cual quiere llevar los manejos diplomáticos y los privilegios al terreno de las artes.

—Mira, le dije yo al desventurado Juan Lanás, mas vale que arrojes al fogon esos borrones, que ya me canso de verte convertido en abogado de malas causas. Te he visto defender la comunidad de bienes, te he oido decir muchos disparates en pocos dias; pero no creí yo que llegaría tu falta de talento hasta el punto de defender que el señor Ponciano, cualquiera que sea su mérito, no habiendo presentado su obra en tiempo oportuno, tenga derecho á entrar en oposicion con los artistas que han llenado las condiciones del programa.

—¿Pero ha visto usted lo que decia el *Heraldo* del dia 3 de setiembre?

—¿Pero has visto tú en la *Esperanza* y el *Clamor Público* lo que contestaron los opositores de Madrid?

—¿Pero ha visto usted lo que replica el *Heraldo* del dia 8?

—¿Pero sabes tú quién es ese que escribe los artículos del *Heraldo*?

—Supongo que será algun redactor de ese periódico.

—Pues yo no supongo semejante cosa, porque no estoy por las suposiciones que carecen de verosimilitud. Yo supongo que ese chispero incógnito del *Heraldo* es un llamado artista, mas conocido por su talento cómico (aunque no es actor), que como pintor (aunque embadurna lienzos). Digo que el tal, tiene talento cómico, mas no por eso creo que puede lucir en la escena, porque le faltan muchas dotes. Y digo que tiene talento cómico, porque hay pocos que se le puedan comparar en esto de dirigir las farsas entre telones. Ahora que he dicho quien es, segun todas las probabilidades, el autor del párrafo que inserta el *Heraldo* en la gacetilla del dia 8, debo manifestar la estrañeza que me ha causado el ver al mencionado periódico cargar con la respon-

sabilidad de prohibir un artículo en que se insulta á los opositores al fronton.

—Pero vamos á ver, *D. Circunstancias*: ¿En qué se funda usted para creer que el párrafo del *Heraldo* no es de la redaccion del *Heraldo*?

—Me fundo en que es inconcebible que la redaccion del *Heraldo* tome con tanto calor la defensa de una causa que no tiene defensa, y sobre todo en que si lo hiciera por conviccion, no emplearia un lenguaje tan agresivo y evasivo, saliéndose de la cuestion principal. Voy á ponerte en claro la cuestion para que te enteres y puedas formar un juicio acertado. El hecho es que se publicó un programa con todas las formalidades que exige una oposicion, y como de costumbre se señaló un término para que cada cual hiciera su proyecto, y hasta se determinó hora fija para entregarlo. En efecto, á dicha hora se presentaron religiosamente todos los proyectos, menos uno. ¿Te parece á ti que á este uno se le debe esperar indefinidamente, sea bueno ó malo, infringiendo un programa pensado con madurez y que tiene fuerza de ley?

—Yo le dire á usted señor, como estamos en una situacion escepcional....

—Aqui no hay situacion escepcional que valga. Yo se muy bien que en nuestro pais es moneda corriente la infraccion de las leyes en los asuntos políticos; pero no en lo que dice relacion á las artes, y sé tambien que todo lo que se hace faltando á la observancia de las leyes, es lo que llamamos *ilegal y arbitrario*; lo cual quiere decir que no se puede infringir el susodicho programa sin cometer una ilegalidad que invalide el acto de la oposicion. Asi lo han comprendido los señores Elias, Piquer, Perez y Medina, y por eso han retirado sus obras, lo que es muy sensible, pero mas sensible seria, que artistas de su mérito, y que estiman su dignidad de hombres, se humillasen hasta el punto de rendir homenaje al monopolio y al privilejio.

—Ya me voy convenciendo, señor *D. Circunstancias*, ya me voy convenciendo; yo creí que esos señores habian retirado sus obras por *miedo*, como dice el *Heraldo*, máxime cuando el articulista de este periódico da al escultor de Roma el epíteto de *temido*, lo cual hacia que el tal escultor se presentase á mi imaginacion, asi como si dijéramos un Morok, un domador de fieras.

—No tengo el honor de conocer á ese sugeto; pero lo que te puedo decir, es que eso de atribuir á miedo la retirada de los escultores madrileños, es lo que nosotros los no profanos llamamos un *efugio*, ó si tu quieres un *subterfugio*. Tampoco tengo el ho-

nor de conocer personalmente á todos los señores que han retirado sus obras, pero por los que conozco, te puedo asegurar que los creo capaces de dar una leccion provechosa al retrasado escultor de Roma, á pesar de esa fama que va descubriendo de temido y de terrible.

—Lo que yo quisiera que me explicara usted, señor *D. Circunstancias*, es eso que dice el articulista del *Heraldo*, de que el asunto va dando que reir á la gente de buen humor.

—Algo hay de eso, amigo Juan, algo hay de eso; pero los que estan haciendo reir á la gente de buen humor, son los amigos de *D. José Madrazo*, motor, segun pública voz, de toda esta polémica, el cual se atreve á criticar en los demas lo que tan peculiar es en él, que es importunar y hacer antesalas por lograr sus deseos, aunque sea á costa de poner en ridiculo á la Academia, y hacer el *D. Quijote*, habilitando opositores y desfaciendo programas. En fin, los artistas se consideran agraviados y con razon: ellos defienden una causa que les interesa y abogan porque se dé cumplimiento á la ley que se les impuso y nada hay mas justo, en tanto que el señor Madrazo aboga por una causa que no debe interesarle y tiende á abolir una ley bajo cuyo espíritu y letra todos han hecho sus trabajos. ¿Quién de estos señores es el que dá mas motivos de risa á la gente de buen humor?

—¿El señor Madrazo?

—Sin duda; y sino ¿de qué sirven los programas? ¿Para qué marcar un término á las oposiciones? Hemos visto siempre, así en la facultad de medicina como en otras carreras, que cuando hay oposiciones para cátedras etc., el que no se presenta á firmar en el término prefijado, no tiene luego entrada, y lo que es mas, el que firma en tiempo oportuno y tiene la desgracia de caer enfermo (causa independiente de su voluntad) se queda á la luna de Valencia y no le esperan á que se reponga; nada de eso: el uno por perezoso (y la pereza no es delito) y el otro por enfermo (aunque tampoco la enfermedad es pecado) pierden el tiempo y el dinero, aun cuando sean unos genios en las ciencias, lo que está muy distante de ser el señor Ponciano en las artes. Esto supuesto, vuelvo á preguntar ¿quién es el que da mas que reir á la gente de buen humor? ¿quién es aqui el caballero de la *triste figura*?

—¿El señor Madrazo?

—Justamente el señor Madrazo; el que se ha encasquetado el yelmo para defender una causa que, como dije antes, no tiene defensa; el que sostiene la absurda opinion de que debe esperarse al de Roma sin término fijo, sin cumplir el programa, y sin con-

tentarse con la próroga de trece dias que se le concedió en una junta de la Academia. Si hubiera sido al revés puede que el señor Madrazo anduviera al derecho; es decir, si alguno de los señores que no pertenecen á la secta de Madrazo y compañía se hubiera retrasado por enfermedad ú otra causa atendible, de seguro habríamos visto salir á *D. José*, lanza en ristre como el héroe manchego llamando malandrines y follones á los que pidieran un dia de próroga, porque este señor es muy afecto á la observancia de *reglamentos y programas*. Asi sucedió cuando las pensiones para Roma, que por haberse marcado en el programa, que no pudieran ser opositores los que pasaran de 30 años de edad, no fué posible conseguir nada de *D. José*, en favor de algunos jóvenes de las clases de escultura y grabado, porque tenian algunos dias mas de los 30 años, siendo asi que dichos jóvenes eran de los mas aventajados y hubieran hecho honor al arte. *D. José Madrazo*, se opuso á toda idea de generosidad (generosidad que ahora reclama para el que está en Roma) y dicen que tampoco entonces era virtud la rigidez de *D. José*, sino que temia sentar un precedente fatal para la clase de pintura en que estaba su hijo, ó mas bien, fatal para su hijo que estaba en la clase de pintura. ¿Cómo se comprende que el que no quiso ser generoso con los que habian cumplido 30 años de edad sea tan generoso hoy con uno que pasa de los treinta?

—Pero, se exige en esta ocasion que los opositores no pasen de 30 años?

—No seas tan material, hombre. Quiero decir, que *D. José* trata de aparecer generoso y hasta pródigo en demasía, con el señor Ponciano, que ha dejado pasar el término prefijado en el programa y aun la próroga de 13 dias que le concedió la Academia por haberse dicho que ya estaba la obra en Barcelona.

—Eso quiere decir que el señor Madrazo es generoso á veces.

—Sí, generoso cuando le tiene cuenta, como v. gr., cuando se ha tratado de pensiones en que entraba su hijo; en estos casos lo ha manejado con tanta generosidad que en lugar de ser las pensiones, como habian sido siempre, de 6000 rs., las hizo subir á 12000 y aun queria que se le pagasen los cuadros, animado de generosidad filial y convencido de que es muy *saludable para la salud* el ser generoso consigo mismo.

—De suerte que el *petit* Madrazo, ó sea Madrazito, iria con los 12000 del pico á Roma?

—Toma, no que no. Y tambien ofreció *D. José* un rasgo de generosidad inaudita cuando puso en segundo lugar, en la se-

gunda prueba para las pensiones de Roma á D. Luis Madrazo, siendo así que debió ir en tercer lugar; generosidad á que suscribió *D. Federico* en los periódicos, sin ningún escrúpulo, aunque en perjuicio del relevante mérito del señor Sainz que había salido *en segundo*, y esto lo sabe toda la sección de pintura que por prudencia no contestó, pero que á mí me acomoda referirlo, como dicen los ciegos: « para que llegue á conocimiento del público. »

—Mire usted, *D. Circunstancias*, mire usted lo que dice el *Heraldo*: « los firmantes del comunicado no quieren que se admita en el concurso la obra de su rival. »

—Es verdad que no quieren; pero es después de ver destruido el programa, después de haber concedido una prórroga al señor Ponciano, después de haber señalado seis meses, solo por él, pues al principio no se fijó más término que el de tres meses, y en fin, después de haber dicho en la junta que se le esperase indefinidamente.

—Eso basta para probar que no tenían *miedo* al hombre *temido*.

—Si le hubieran tenido miedo, no hubiera entrado sabiendo que el *temido* entraba también en la oposición. Eso lo conoce cualquiera.

—Puede que el señor Ponciano haya sacado últimamente todas sus habilidades.

—Puede ser. ¿Sí será el alma de Fidias la que vivifica ahora el cuerpo de ese señor? ¿Sí habrá retoñado el tronco de Miguel Angel, cubierto con la corteza de Ponciano? Pero no, lo que aquí pudiera haber sucedido, es que *D. José Madrazo*, como *dibuja tan bien*, haya mandado el diseño por el cual haya arreglado el fronton ese romano atleta, y por eso dice *D. José* que el querer que se lleve á efecto el programa aun con la colita de la prórroga, significa *miedo*. Pero quien debía tener *miedo*, es *D. José*, al entrometerse en materias de artes, á las cuales es tan ageno, y al ver que todavía figure su nombre en el catálogo de los profesores. Debía repetir tener miedo si fuera un opositor, y miedo de herir la reputación artística de hombres que pueden darle lecciones de dibujo, y meterle el resuello en el cuerpo cuando habla de intrigas y manejos, y eso que *D. José* es el artista del *privilegio exclusivo de los diez años*, que logró para sí, lleno de *generosidad*, con perjuicio de los pobres artistas litógrafos, lo cual no quita para que ahora goce favor, sin consideración á sus antecedentes. ¡Bendito sea Dios!

—Eso es lo que dicen las viejas.

—Y D. José Madrazo tambien lo dice.

—Puesto que está usted tan enterado, dígame lo que significa esa alusion de las antesalas.

—No sé. Solo tengo entendido que los sugetos, por cuya justísima causa estoy abogando, habrán tal vez hecho antesalas por causas justísimas tambien. y no por solicitar honores inmerecidos, por envidia de otro que los posee con su justo é indisputable mérito. Ya tienes aclarado lo de la Gran Cruz.

—Ya lo entiendo, señor, ya lo entiendo: Pero volviendo á la cuestion, dice el articulista del *Heraldo*, que, segun noticias veridicas, la obra del señor Ponciano es cosa grande.

—Eso de grande ofrece un equivoco malicioso, y pudiera venirle en cierto modo; pero tambien yo tengo noticias veridicas por una persona, conocedor profundo, aunque no es artista, inteligente, que dice haber visto en Roma la obra del señor Ponciano, y asegura que es sumamente amanerada, y que las cabezas parecen estar todas vaciadas en un mismo molde.

—Le recuerdo á usted que es tarde y hace falta original.

—Pues mira, di que te metan en prensa, ó que metan en prensa á D. José Madrazo que sois los dos hombres mas originales del mundo. Voy á concluir, sí, voy á concluir de una vez, pero será proponiendo un medio infalible y seguro de probar quién es el artista que puede merecer con mas razon el título de *temible*. «*Hágase una oposicion y ejecútense las obras en los salones de la Academia* (como debia haberse hecho para el certamen del fronton, y no admitir proyectos ejecutados en el estrangero; tal vez hechos por otros); *dése un asunto y véase quién lo desempeña mejor en el tiempo que la Academia marque.*» No sé si este pensamiento será aceptado por todos los interesados, aunque juzgo que sí; pero sé que este sería un medio espedito para salir de dudas.—Basta por hoy.

## TEMED A LOS RUSOS!!!

¡Qué triste sería la vida sin las ilusiones que la rodean! Ved al pobre, al enfermo, al herido en el alma, al abandonado por la suerte, al que halla rebelde á su inteligencia la materia y el espíritu, al que amarga la sociedad, al que engaña el hombre; ved,

decimos, á todos esos seres que sufren y padecen las amarguras de la desgracia, y estad seguros de que todos ellos, en medio de los dolores y las agonías presentes, os dirán que les alivia del peso de los males que sufren una esperanza. ¡Una esperanza! ¡Oh! indudablemente la civilizacion no conducirá nunca al hombre á la completa felicidad: aliviará los males de la carne; facilitará los medios de una vida mas holgada; le dejará mas espeditas las vias de su rehabilitacion; enderezará su cuerpo, encorbado por el trabajo, para hacerle mirar al cielo; hará mas visibles las diferencias que le separan del bruto, nacido como para no ser mas que simple obrero de la vida, pero siempre dejará al hombre espuesto á las contrariedades de las pasiones humanas, y en esa pugna en que obra su libertad y en que queda siempre engañado el deseo. El fatalismo engendraria esa resignacion que deja á la suerte la resolucion de todos los problemas de la vida: no desear ni esperar nada es el lote de esas religiones que han tratado de sofocar en el hombre esa aspiracion á la felicidad que se desenvuelve espontáneamente en él apenas ha dado el menor vuelo á su pensamiento por sobre las cosas materiales de la existencia humana. Pero el fatalismo no puede ser mas que la religion de los pueblos inertes: las regiones del Asia, con su naturaleza mas igual y mas tranquila, con aquellos llanos en que se pierde el pensamiento y la mirada, y aquellos arenales que rara vez agitan un aire de tempestad, es muy propicia á amortiguar en el hombre el principio de la vacilacion y de la duda, que nace en los espíritus del contraste de unas cosas con otras y de lo variable de las fases que ofrece el mundo. Allí se concibe bien que el hombre viva abismado bajo el peso de la fatalidad, y que se reconozca anonadado por el peso de las fuerzas naturales y como inferior á las leyes de esa misma naturaleza. Allí, pues, el fatalismo es una cosa natural: «no soy nada, dice el hombre, ante la grandeza del mundo que me rodea: cuando toda esta naturaleza inmensa yace postrada, ¿cómo me he de levantar yo?»

Pero las civilizaciones del Occidente han empezado por reconocer toda la independendencia y la libertad del hombre, y han declarado la vida un combate en que la muerte se encarga de coronar al vencedor. De aquí esta continua rebeldía del hombre contra las cosas y de la inteligencia contra los hechos. El hombre no se resigna nunca con su suerte, y batalla y lucha siempre por hacerla cesar. La esperanza le mantiene aun en sus mayores desgracias, y cuando se abate un momento es solo para reconcentrar sus fuerzas y empezar luego con doble anhelo la lid.

Esto lo vemos mas que en nada en la horrible pugna que las ideas y las preocupaciones antiguas sostienen contra las invasiones de la civilizacion. Cuando á los hombres de la reaccion se les cierra un camino, creen encontrar abiertos otros ciento; y cuando abandonan un campo, esperan hallar otros muchos en que de-



fender su causa. Ciegos á toda luz y á toda evidencia, cuando ya no les quedase otra esperanza, creerian que para aniquilar á sus contrarios sabria Dios enviar sobre ellos alguna plaga de destruccion ó que los tragaria el abismo. Así van haciendo un poco mas llevadera su vida, y así se van despidiendo del mundo, seguros de que no faltará quien quede en él para vengarles.

¿Quién entre nosotros no ha oido muchas veces amenazar los progresos del liberalismo con la venida de grandes ejércitos rusos que acamparán un dia bajo nuestras ciudades para hacernos retroceder hasta los gratos goces de la barbarie moscovita? ¡Oh, los rusos! Los rusos no sabrán seguramente que se les atribuye en el Mediodia de la Europa tan grande mision. Arrastrados sobre sus remos salvages, no pueden creer ellos que aun ha de llegar un dia en que vengan á destruir la púrpura y el oro de nuestra espléndida civilizacion para echarnos sobre el cuerpo las pieles con que ellos cubren los suyos transidos por el frio de las regiones polares. Y sin embargo, á creer los cuentos de los hombres de la reaccion, no hay nada mas cierto que eso. Ahora mismo el Czar está haciendo sus grandes aprestos militares para caer muy pronto sobre nosotros y aniquilar en un dia nuestro presente y nuestro porvenir.

Ya saben nuestros lectores cómo nosotros hemos opinado respecto á la solucion de la guerra, caso de que la Francia tenga que empeñarse en ella con motivo de la negacion del Austria á admitir toda mediacion respecto á los negocios de Italia. Nosotros hemos dicho que la Francia vencerá y que vencerá aun cuando el Austria desencadene contra ella todos los odios tradicionales del Norte contra las regiones de este lado de la Europa. Esto era en nosotros hijo de tal convencimiento, que no nos parecia necesario tener que insistir mucho en nuestra opinion; sin embargo, de tal modo continúan nuestros adversarios intimidando los ánimos por medio de los desastres que ellos creen provocará el rompimiento de la Francia con el Austria, tanto abultan los peligros de esta y del principio que defiende, que nos creemos en el caso de esponer aqui algunas consideraciones sobre la disposicion de los que han de combatir á los ejércitos de la República, y que mayormente se cree que la han de aniquilar.

El enemigo mas terrible que oponen á la Francia revolucionaria los que se niegan á reconocer las diferencias que establecen en los hombres las variaciones de los tiempos, es como ya llevamos dicho, la Rusia. Porque cayó Napoleon en aquellos remotos paises, se cree que como él deben caer cuantos provoquen las iras de tan poderoso enemigo. No miran al diferente aspecto que hoy ofrecen las cosas. No ven que entonces se trataba de un pais conquistador que atacaba las nacionalidades, y que ahora por el contrario se trata de un poder salvador que las redime. No ven que la Francia iba en aquellos tiempos atropellando climas y costumbres, afecciones y preocupaciones, y que hoy por el contrario se presenta como

amiga de los pueblos, y predica la tolerancia como base de la libertad. No conocen que en el medio siglo que ha pasado y durante la paz que ha dominado el mundo, se ha ido formando en el seno de las sociedades esa disposición á una vida que les hace llevar la actual en un desasosiego continuo, presagio de un rompimiento próximo con lo pasado. Ellos creen que los países del Norte no se han de abrir nunca al influjo de la civilización. Porque los frutos de esta sean mas lentos en producirse bajo las latitudes polares, presumen que en tales regiones se siembra para no cojer. Los adelantos de la inteligencia, los nuevos medios de comunicación entre los mas lejanos países, el contacto de la vida social que se ha ido haciendo mas íntimo, la propaganda del ejemplo, no basta, segun ellos, á mover ni aun en lo mas mínimo en su asiento el secular edificio de la sociedad moscovita.

¡Aberración! ¡Ignorancia! La Rusia como el resto de Europa siente por sus venas una sangre nueva que la ánima y la agita con un desconocido vigor. Allí tambien las instituciones políticas han sido y son objeto de discusiones y de controversias. Si los campesinos y los habitantes de las poblaciones secundarias viven aun en un estado semi-salvaje, las capitales y las grandes poblaciones han probado y saboreado ya muchos de los frutos del árbol prohibido, y se han plegado á la tentación. Un tercio de siglo hace ya que el primer poeta ruso cantó en lengua moscovita el héroe mas novelesco y animado de nuestras leyendas meridionales. Todas las voluptuosidades de la vida, todas las licencias de la mas corrompida de las sociedades, todas las despreocupaciones de la civilización mas avanzada, entraron á formar parte de la epopeya romántica que embelesó por mucho tiempo á los cortesanos de la comitiva del Czar. El D. Juan que habia inspirado á Byron y Mozart, animó tambien al poeta ruso, y el galante aventurero de Sevilla paseó su pié osado é hizo gala de su sonrisa atrevida y burlona por entre aquellas calles y poblaciones que algunos pretenden pintarnos como sumidas en la mas abyecta ignorancia. Verdad es que el poeta ruso se inclinó ante el poder del Czar é hizo á su héroe que habia despreciado la ira de Dios, que cesase en una de sus mas aventuradas empresas por la sola consideración de disgustar al gefe del imperio; pero esto lo único que prueba, es el servilismo del poeta cortesano, nunca que no deba presumirse de la voga de ese tipo caballeresco en aquella sociedad, la disposición en que se halla de transigir con nuestra civilización. Se engañan, pues, mucho los que creen que la Rusia de hoy es la Rusia de hace medio siglo, y que no han influido en ella nada los desarrollos de la inteligencia y del espíritu social. La Rusia se halla en el día algo mas atrasada que las demas naciones meridionales, pero ha entrado ya en esa via de progreso en que una vez puesto el pié es imposible retroceder.

Pero aun dado caso que la corte de Rusia tuviese firme voluntad de openerse al espíritu reformador por solo su apego á la bar-

barie, ¿se cree que habia de encontrar dóciles á su mano los elementos de aquel dilatadísimo imperio? ¿Cuántos motivos parciales de descontento no hay en aquellas regiones que estallarán á la primera ocasion? Sin hablar del partido liberal, que conspira hasta en la misma capital del imperio, y á quien no arredran las inhumanas deportaciones á la Siberia, con los restos de la Polonia, que mal zurció á su manto imperial, hay para tener en continua alarma al gobierno ruso. Las conspiraciones que han estallado hasta hoy han debido probar demasiado á la Rusia que el dia en que tratase de sostener una guerra general contra el Mediodia, tendria que empezar venciendo á los estados polacos, que se presentarian á sus puertas como enemigos que guardan en su seno el encono que han ido recogiendo en cuarenta años de abominacion.

No tememos, pues, á la Rusia, ni nos asusta su poblacion inmensa. En una guerra con la Francia, esta encontraria amigos hasta en los mismos consejos del Czar. Seria imposible creer que la supremacia moral é intelectual de la Francia no habia de ser reconocida y acatada en Rusia como en todas partes por los hombres que cultivan las ciencias, las letras ó las artes. Todos los que aman la civilizacion amarán á la Francia: irán á Paris á buscar los principios de su gobierno y de su vida, como iban los antiguos pueblos á buscar consejeros y legisladores á las ciudades griegas.

Ademas, la Francia tendrá por amigos en todas partes á todos los que sufren. No piensa ahora ya en conquistas alcanzadas por la espada, ni irá á ajar la susceptibilidad y el orgullo propio de cada país. Los opresores y los tiranos son en todas partes los mismos, y no son plantas indigenas que por amor al suelo se deban respetar.

Esta es a posicion de la Francia respecto á los demas paises. Si ampara á la Italia y empuña de este modo el cetro de la libertad que ha de convertirse en sus manos en égida protectora de los pueblos, debe reirse de todas esas amenazas lejanas de pueblos como el ruso que parecen prontos á caer sobre ella.

Nosotros no concebimos cómo haya personas sensatas que penetrándose de la posicion actual de la Francia se atrevan á desconfiar de su triunfo si llega á empeñar la batalla contra la vieja Europa. Los que hace cincuenta años vieron á esa misma Francia en medio de las guerras civiles de la República y con toda la Europa coaligada contra ella, sofocar la guerra interior é imponer por mucho tiempo á la Europa las condiciones de una paz otorgada como por la magnanimidad imperial, deben haber olvidado todos los grandes cuadros de aquella inmensa época para venir ahora á temer por los destinos y por la causa de la Francia. ¿Quién fué la que en la guerra de principios del siglo animó aquella gran coalicion? Demasiado sabido es que la Inglaterra á cuyo frente se hallaba el inflexible Pitt, que como Anibal sobre los altares de su patria, parecia haber jurado el esterminio de la nueva República. Pues bien, la Inglaterra ahora, por muy tibia que se encuentre en lo

de tomar una parte activa en la guerra, se halla empeñada al menos á seguir con placer los progresos y triunfos de unas campañas empeñadas contra un imperio que dentro de poco tal vez tendrá ella que combatir en el corazón del Asia si se le deja ir en aumento en sus pretensiones. La Inglaterra aplaudirá ahora las derrotas de la Rusia, porque los mercaderes ingleses están próximos á tropezar en la India con la espada conquistadora de los moscovitas. Aparte de la Inglaterra entonces tenía la Francia por adversarios á la Italia y á la España. Ahora la Italia dará los primeros soldados de los ejércitos republicanos; y respecto á la España, podemos asegurar que sus sentimientos no la llevarán nunca á combatir en las filas de los enemigos de la Francia. Así, pues, la República tiene ahora asegurado y propicio á todo el Mediodía de Europa, y caso de ponerse en marcha para el norte debe estar segura de que hallará en su camino muchos pueblos que bendecirán su paso. Ya saben nuestros lectores cómo en la Alemania, en el Austria y en la Prusia retoña el principio popular y cómo hasta las cuestiones sociales más avanzadas agitan ya los cerebros de los habitantes de las zonas que se nos quieren pintar como condenados á la inercia.

Este es nuestro sentir respecto al tan decantado poder de la Rusia y á la verdadera y real fuerza de la Francia. No podemos creer que á la altura á que hemos llegado deba temerse por la suerte de la civilización ni que todos los frutos de esta hayan de llegar á marchitarse bajo la influencia de los hielos del Norte. Muy al contrario, de esto nosotros creemos que la Francia se salvará sin grandes esfuerzos. A los que parecen querer advertir los riesgos de la navegación que va á empezar, la Francia debe decir como César en medio de la tempestad á sus compañeros afligidos: «no temais; va con vosotros la civilización y su fortuna.»

## OTRA VEZ AL SEÑOR DON CIRCUNSTANCIAS.

Amigo *D. Circunstancias*,

mi objeto al interpellarte,

fué solo por sonsacarte.

si eran muchas tus ganancias.

Así qué, tu negativa

la creo cierta y leal,

pues no puede un liberal

engañar por más que viva.

Si tus guisos son patatas

comiéndolas á destajo,

tuvieras menos trabajo  
si al menos fueran baratas.

Patatas tu fé asegura  
que es tu entrada fin y saldo;  
¿y el cesante cuyo caldo  
es claro como agua pura?

Para eso que sendas pollas  
los que estan en boga engullen,  
y en nuestros platos rebullen,  
ajos, pimiento y cebollas.

El sistema tributario  
como sabes sigue en pie,  
¿qué mas decirte podré  
de nuestro estado precario?

Mas pronto, segun noticias,  
habrá dinero abundante,  
y la viuda y el cesante  
se refocilan de albricias.

Al Cielo dirige preces  
el cesante ya tan magro,  
pidiendo á Dios el milagro  
de los panes y los peces.

Nuestro ministro de hacienda  
que dispone del tesoro,  
hará cesar tanto lloro  
al daño poniendo enmienda.

Segun dicen sus periódicos  
tan humanos é indulgentes;  
tendremos los penitentes,  
de la artura grandes cólicos.

Si algun dia al sabio *Heraldo*  
por su mucho patriotismo  
le aplico yo un sinapismo,  
es lo cierto que le baldo.

Ya el *Popular* socarron  
que en lo de tragon se escede,  
diz que digerir no puede  
tanto empacho de turrón.

¿Y la moderada *España*  
que quiere ser progresista?  
¡Jesucristo nos asista!  
ó se engaña ó nos engaña.

Muchos quieren, te lo juro,  
perdiendo ya la esperanza,  
asegurar la pitanza,  
que á buen hambre no hay pan duro

Y al que comer puede pavo  
cuando la muerte le pilla,  
le viene muy de perilla  
lo de *la cebada al rabo*.

En fin, por hoy no me ensancho,  
nada mas y punto en boca;  
que es nuestra fortuna poca,  
y al buen callar llaman Sancho

Y á Dios demócrata fiel  
tuyo debo repetirme,  
siempre el mismo, siempre firme;  
siempre *el amigo de aquel*.

#### CONTESTACION DE D. CIRCUNSTANCIAS.

Amigo, en los rasgos bellos,  
que tu buen humor conserva,  
dando de chispa destellos,  
conozco que eres de aquellos  
que sienten crecer la yerva.

Dices que fué tu deseo  
saber cual era mi renta...  
sonsacarme, ya lo veo;  
¿sabes lo que creo? Creo  
que eres pájaro de cuenta.

*Por eso mi negativa  
la juzgas cierta y leal,  
que no puede un liberal  
engañar por mas que viva;*  
corriente, justo y cabal.

Tu buena opinion aprecio;  
el mentir no me hará daño,  
y esto lo digo muy recio,  
que de liberal me precio  
y no me gusta el engaño.

Que el pueblo no come pollas,  
sabes al poder decirle,  
llenando solo tus hollas

de ajos, pimientos, cebollas  
y un caldo como agua chirle.

Pronto tendrán tu dolor  
los que prueban muchos platos  
porque la España ¡qué horror!  
vá de Herodes á Pilatos;  
esto es, de mal en peor.

Y si así las cosas van,  
para dejarnos de pláticas,  
pronto los hijos de Adán  
comeremos hasta el pan  
en dosis homeopáticas.

Un fiero temor me agita  
y á Dios tambien con afanes  
en su bondad infinita,  
pido que el caso repita  
de los peces y los panes.

Sin embargo, yo te juro  
que no he de comer mas pan  
sino el que yo me procuro,  
por mas que diga el refrán  
que á buen hambre no hay pan duro.

Cúmplase mi suerte, amen,  
si muero al fin sin mancilla.  
No lo escuches con desdén,  
porque esto viene tambien  
de vigote... ó de perilla.

Llanto he derramado tierno  
cuando tu fé me asegura  
ese tiempo sempiterno  
que predicen de ventura  
los diarios del gobierno.

Aunque yo escite su saña  
con tanta melancolia,  
les diré si no es patraña  
que cuándo llega ese dia  
de ventura para España.

Díganmelo de contado,  
pues, que habrá tiempos mas bellos  
que el presente y el pasado  
ya lo se yo, demasiado,  
sin que me lo digan ellos.

Al ver tú, que no me ensancho  
querrás saber por capricho  
cuando mejora este rancho,  
pero amigo, tú lo has dicho;  
al buen callar llaman Sancho.

De la divina bondad  
ninguno tendremos queja :  
entre tanto, la piedad  
del Señor, nos aconseja  
fé, esperanza y caridad.

Y adios insigne doncel,  
cuenta con mi patriotismo  
que yo siempre soy *aquel*,  
siempre libre, siempre fiel,  
siempre firme, *siempre el mismo*.

---

### ACLARACION.

La señora Carrasco se ha ofendido de que *D. Circunstancias* diga que la dádiva de un ochavo es propia de dicha señora. *D. Circunstancias* se cree en el deber de manifestar á la señora Carrasco que no ha tenido intencion de ultrajarla; y para que la satisfaccion sea completa, cree oportuno dirigirla el siguiente

### SONETO.

Vos, simpática actriz, ilustre dama,  
rechazais un aserto que os abruma,  
y juro, aunque halagaros no presuma,  
que la razon vuestra justicia aclama.

Tambien á mí la sinrazon me inflama:  
pequé de inadvertido, pues, en suma,  
apagara yo el brillo de mi pluma  
por no echar un borron en vuestra fama.

Vuestras quejas comprendo y las alabo,  
y si aun no complació vuestro decoro  
la esplicacion que de soltar acabo ;

os diré sin lisonja y sin desdoro  
que tengo por mas digno de un *ochavo*  
cuerpo que, para mí, vale un *tesoro*.

---

*Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.*